

Escribir en el margen

Writing at the Edge

Escreva na margem

JOSÉ MANUEL MATEO*

RESUMEN: Releer el “Plan general de estudios” que abre la segunda parte del volumen *Dialéctica de la conciencia* nos lleva a observar el rumbo que tomó la actividad intelectual y literaria de José Revueltas después de su participación en el movimiento estudiantil de 1968. Ese plan fechado en octubre de 1970 nos remite a otros materiales escritos desde la cárcel que se caracterizan por su condición efectivamente marginal, íntima y provisoria, sin que ello implique debilidad o penuria. Al contrario: el margen se nos postula como el sitio del acontecimiento y de un saber que no aspira a hegemonizar los espacios, ni a formular *programas históricos*, tal como pretendían numerosos grupos políticos e intelectuales de la época. Ese plan nos lleva también a un modo de la narrativa revueltiana que pone en juego la acción sustractiva sobre la materia del relato y una tendencia a la densidad intelectual, para mostrar la concreción de la irracionalidad en la historia y cómo el escritor pone en práctica una serie de desplazamientos disciplinarios, formales y conceptuales para seguir pensando, sin temor a invertir, disolver y reconfigurar las categorías. En este camino veremos cómo se encuentran y anticipan entre sí, Revueltas, Hegel y Judith Butler.

PALABRAS CLAVE: *Memoria, narrativa, praxis, absoluto.*

ABSTRACT: Reading again the “General Study Plan” that opens the second part of the volume *Dialectic of Consciousness* makes us observe the direction that took the intellectual and literary activity of José Revueltas after his participation in the student movement of 1968. This plan, with an October 1970 date, refers to other materials written in the prison that can be characterized by their effectively marginal, intimate and provisional condition but without signs of weakness or penury. On the contrary, the edge positions itself as a place of events and knowledge that do not aspire to hegemonize the space or to formulate historical programs as many groups of intellectuals of that period did. It also takes us to Revueltas’ narrative that puts into play the subtractive action about the subject of the story and a tendency towards an intellectual density to show the concretion of irrationality in history and how the writer puts into practice a series of disciplinary displacements, formal and conceptual,

* Investigador del Centro de Estudios Literarios del Instituto de Investigaciones Filológicas, Universidad Nacional Autónoma de México. (México). <jmateo@unam.mx>.

in order to continue thinking without a fear to change, dissolve or reconfigure established categories. In this text the reader can see how Revueltas, Hegel and Judith Butler meet and anticipate each other.

KEYWORDS: *Memory, narrative, practice, absolute.*

RESUMO: Reler o “Plano Geral de Estudos”, que abre a segunda parte do volume Dialética da consciência nos leva a observar o rumo que tomou a atividade intelectual e literária de José Revueltas depois de sua participação no movimento estudantil de 1968. Esse plano datada outubro de 1970 refere-se a outros materiais escritos da prisão que são caracterizados por serem efetivamente marginais, íntimos e temporários, sem que isso implique fraqueza ou dificuldades. Pelo contrário, a margem postulamos como o local do evento e um conhecimento que não aspira à hegemonia dos espaços ou para fazer programas históricos, como muitos grupos políticos procuraram intelectuais da época. Esse plano nos leva também a uma forma de narrativa revueltiana que põe em jogo a ação subtrativo sobre o tema da história e uma tendência a densidade intelectual, para mostrar a realização de irracionalidade na história e como o escritor implementa uma série de movimentos disciplinares, formais e conceituais para continuar pensando, sem medo de investir, dissolvendo e reconfigurando as categorias. Desta forma, vamos ver como eles são e antecipam entre si, Revueltas, Hegel e Judith Butler.

PALAVRAS-CHAVE: *Memória, narrativa, praxis, absoluta.*

RECIBIDO: 04 marzo de 2018. **ACEPTADO:** 20 de mayo de 2018.

MÓVILES

En 1968, Revueltas piensa desde la cárcel. Él mismo, quizá de un modo más intenso que en ocasiones previas, es un signo o un significativo biográfico de su enunciado literario, de esa *máquina, sistema o dispositivo*, como queramos llamar al universo múltiple de su prosa y su poesía entera.

Digamos que, en la situación del preso, Revueltas niega la existencia del subalterno en términos intelectuales: desde la prisión efectiva o ideológica él da cuerpo real a ese gesto y a esa voz del subyugado que piensa, y piensa en serio, profunda, honda, radicalmente. Cada vez que Revueltas (o cualquier otro sujeto) entabla una lucha interior *contra el logos pero echando mano del logos* fractura el monopolio del saber, las jerarquías de los especialistas y la distribución de los bienes simbólicos. No se nota de inmediato pero sucede...

Recientemente, en una conferencia sobre Revueltas impartida por Carlos Illades,¹ una persona del público preguntó si el escritor tenía un programa para conseguir la instauración del comunismo en México. Me parece que fue en ese momento cuando Illades señaló que Revueltas se pronunció por una revolución democrática de amplio espectro, es decir, sin entender la democracia sólo en sus aspectos electorales o partidarios. Tal vez hago aquí memoria de un modo inexacto, pero me arriesgo porque esa pregunta por el programa de Revueltas para una nueva Revolución, ya no burguesa como la de 1910 (así caracterizaba el escritor el movimiento de principios del siglo xx mexicano), me da pie a tratar el asunto.

Y la cuestión me interesa porque en trabajos previos he sugerido que incluso cuando se ocupa de las singularidades de la militancia y el comunismo en México, Revueltas tiende a hermanar la Revolución política con la ampliación de la actividad cognoscitiva, en otras palabras, con una permanente deconstrucción del sentido y una continua rearticulación de los medios para pensar el mundo; no puede obviarse, por ejemplo, que el *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza* (1962) concluye declarando que la “verdadera conquista ideológica” consiste en la “liberación histórica de la crítica” (Revueltas, 1980: 247). De ahí que el programa político de Revueltas sea en esencia literario e intelectual, lo que en cierto modo viene a ser lo mismo, por cuanto la literatura es, desde mi punto de vista, una forma de esclarecer lo real del mundo mediante el pensamiento especulativo e imaginario. Y encuentro nuevas razones para sostener lo anterior precisamente en el *programa* que Revueltas se planteó una vez que fue hecho prisionero por su participación en el movimiento estudiantil de 1968.

Fue en Lecumberri donde el autor de *Los días terrenales* delineó algo que lleva el modesto título de “Plan general de estudios” y donde empezó a redactar una serie de *cuadernos* que fueron editados y parcialmente reorganizados por Andrea Revueltas y Philippe Cheron para integrarlos al volumen 20 de las obras completas. Vale la pena aclarar que este volumen está conformado por los “Apuntes para un ensayo sobre la dialéctica de la conciencia”, por cuatro cuadernos con apuntes de trabajo y uno con el ensayo derivado de dichos esbozos, así como por la adición de cinco materiales, inéditos hasta 1982, y que se conservaban en versiones

¹ “Revueltas y la crítica de la Revolución Mexicana”, en *El historiador frente a la Historia: Los sesentas, más que una década* (Ciclo de conferencias en memoria del 2 de octubre de 1968). Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 14 de marzo de 2018.

mecanográficas o manuscritas. *Dialéctica de la conciencia* presenta así tres partes: la primera corresponde al ensayo escrito entre 1970 y 1975; la segunda, a los cinco cuadernos preparados entre 1969 y 1971; y la tercera, al apéndice donde se reúne un material perfilado antes de 1968 y cuatro redactados hacia 1969, dos de los cuales fueron posteriormente revisados y leídos como conferencias a principios de los años setenta. Por lo pronto sólo trataremos el “Plan general de estudios” que abre la segunda parte del volumen titulado: “Entre la retama y el laurel”, nombre asignado por el mismo Revueltas en alusión a los dos árboles que se alzaban en un pequeño jardín de la crujía M de la cárcel de Lecumberri, según explican Andrea Revueltas y Philippe Cheron (1982: 243).

APUNTES

De entrada, así sea de paso, bien puede señalarse que los materiales reunidos en *Dialéctica de la conciencia* son la respuesta teórica del escritor a un problema que se manifiesta en la “Carta a los estudiantes en lucha” de Víctor Rico Galán, exiliado español, nacionalizado mexicano, periodista, colaborador de *Política y Siempre!*, detenido el 12 de agosto de 1966 por su participación principal en la formación del Movimiento Revolucionario del Pueblo y preso en Lecumberri durante el movimiento estudiantil de 1968.²

En su carta, Víctor Rico Galán resulta ambivalente (por decir lo menos) pues ve en el nacionalismo el paso ineludible hacia la dictadura del proletariado y sugiere que la ruta general de la lucha tendría que ser violenta y hallarse encabezada por una *vanguardia*; únicamente así *las masas* estarían en condiciones —piensa— de enfrentarse a un Estado que no posee otra política que el terrorismo, pues “cada vez más oprimido [...] solitario y sin base social, el gobierno sólo cuenta con el aparato represivo”

² Rico Galán fue detenido el 12 de agosto de 1966 junto con alrededor de 46 o 62 “simpatizantes y militantes” del Movimiento de Liberación Nacional y del Frente Electoral del Pueblo (escisión del MLN); Rico Galán y su “grupo de base, una treintena de personas, habían aprovechado la red de contactos del MLN y el FEP y se habían relacionado con estudiantes, profesionistas y maestros rurales” de al menos nueve estados de la república (Castellanos, 2016: 112). Cuando se les detuvo, se les consignó por pertenecer al Movimiento Revolucionario del Pueblo (Castellanos, 2016: 462). La gran mayoría de los detenidos fueron liberados pero Rico Galán, su hermana y otras siete personas permanecieron encarcelados (Castellanos, 2016: 114). La detención del 12 de agosto significó la desarticulación del MRP.

para sostenerse.³ En “Nacionalismo burgués o socialismo revolucionario” (1984: 101-133). José Revueltas reseña puntualmente y desmonta uno a uno los argumentos de Rico Galán, incluido éste sobre la supuesta indefensión del gobierno ante las luchas populares del momento. Sin duda el escritor juzgó necesario responder, dado el abierto menosprecio que el dirigente del fallido MRP manifestó en su carta a propósito de la huelga de hambre iniciada por los presos políticos el 10 de diciembre de 1969, quienes, con más de un año en prisión, luego de una detención arbitraria, seguían a la espera de proceso; en tal situación, con la huelga, los presos políticos de 1968 buscaban conseguir su libertad o que por lo menos se les juzgara; también calculaban que su acción desde la cárcel podría impulsar la reconfiguración del movimiento.⁴

Para Rico Galán la huelga era inicua si se le comparaba con las luchas de los ejidatarios de Atencingo, Puebla, que ocuparon los cañaverales “con sus mujeres y sus hijos” para detener la zafra. Frente a los campesinos, que lo “arriesgan todo”, preguntémos, decía, “con honestidad y modestia: ¿cuándo los estudiantes, los intelectuales, los pequeñoburgueses en general, hemos arriesgado tanto?” No abundaré demasiado en los detalles de la carta ni en la réplica del escritor porque esto merece un desarrollo aparte. Sin embargo, el sólo desprecio de Rico Galán por las acciones de los presos políticos de 1968 justificaría la amplia respuesta y los múltiples adjetivos contra “esa locura brujular de «marxismo para analfabetos»” del que es representante, de acuerdo con Revueltas, el ex dirigente del MRP;

³ Gerardo López Luna me proporcionó la transcripción de la “Carta de Víctor Rico Galán a los estudiantes en lucha”, realizada por Roberto Espinosa de los Monteros, autor de la tesis de licenciatura *Víctor Rico Galán. Periodista de oposición* (2011). En su trabajo, Espinosa de los Monteros cita la misiva a partir de la publicada en *Gaceta*, 15 de agosto de 1968, AGN-México, Fondo: Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales (Caja 967, Exp. 1) (2011: 34). La carta de Rico Galán se encuentra también en los *Escritos políticos (1966-1971)* del periodista, publicados por Ediciones Proletariado y Revolución (1984: 152-170). Revueltas leyó la carta en su “edición mimeográfica, con fecha 14 de enero de 1970”, según se informa en las notas de *Escritos políticos III* (1984: 236).

⁴ Revueltas redactó un manifiesto de la huelga que no fue aprobado; en él establecía una relación histórica entre el movimiento ferrocarrilero de 1958 y el movimiento estudiantil de 1968, tal como lo sostuvo en “Nacionalismo burgués o socialismo revolucionario” y en múltiples momentos de su trabajo ensayístico; el manifiesto terminaba, además, con la cita de Goethe que lo acompañó desde su juventud: “«verde es el árbol de oro de la vida» y con este árbol, la historia de los hombres, la historia de México reverdece y reverdecerá con más vigor y más limpia esperanza en cada rama joven” (1978: 220); este manifiesto se encuentra en *México 68: juventud y revolución* (1978: 218-220); en la notas del volumen se incluye el manifiesto publicado (1978: 340-341).

delirio que, a ojos del escritor “perturba, confunde, trastorna y desquicia la conciencia socialista en México y hace de la práctica revolucionaria un pandemónium y un caos inenarrable” (1984: 116).

José Revueltas sabe que el llamado a “discutir” como “primera tarea” no es sino la manera ritual empleada por el autor de la carta para “ejercer ese derecho, que asumen como facultad inalienable todos los grupúsculos marxistas y sus jefes”, quienes se sienten acreditados para “trazar objetivos estratégicos y formular programas históricos con el mismo aplomo y la misma seguridad misteriosa de quien decreta las tablas de la ley desde las alturas de su muy particular, propio y privado Sinaí” (Revueltas, 1984: 102). Y Revueltas no exagera: efectivamente apenas Rico Galán llama a discutir señala que “son programas para las masas los que hay que plantear”, y si bien ofrece “discutir con las masas, aprender de ellas, ir buscando paciente y tenazmente las salidas programáticas y organizativas que respondan a sus necesidades”, él ya ha identificado y sancionado “la salida nacionalista”, no porque le “parezca la mejor”, aclara, sino porque “es la lucha de masas” la que “impulsa” a los dirigentes e ideólogos nacionalistas. Semejante retruécano ideológico exaspera de entrada al escritor y, no obstante, él sí se toma en serio el llamado a discutir y lo hace de tal modo que “Nacionalismo burgués o socialismo revolucionario” queda sólo como el borrador privado donde José Revueltas comienza a discernir (en palabras de sus editores) “el fundamento ontológico de la actividad grupuscular en general” (1982: 16). Este problema es lo que en última instancia motiva los “Apuntes para un ensayo sobre la dialéctica de la conciencia”, donde toda referencia a Rico Galán desaparece, y no porque el escritor decida olvidar o hacerle el vacío al dirigente. La cuestión es más bien de otra índole.

Sucede por un lado que la carta ilustra para Revueltas, de un modo bastante típico, “el fenómeno de los grupos y grupúsculos marxistas, cuya existencia es un *en sí* y un *para sí* circular, hermético, que se nutre de su autorreproducción ideal y gira sobre sí misma dentro de una inexistencia histórica insuperable”; pero además, “característicamente” y “ante todo”, se trata de un *en sí* y un *para sí* “incapaz de reconocer” dicha inexistencia (1984: 105). Hacer la crítica de este comportamiento, siguiendo puntualmente los términos de la carta, “habría dado la falsa impresión de que dicho material encierra algún valor teórico, por más insignificante que éste pudiera ser” y que, entonces, Revueltas habría entrado en

controversia con Rico Galán “respecto a problemas del conocimiento que le son orgánicamente ajenos y en cuyo contexto el conjunto de sus posiciones políticas, ideológicas y demás” no serían sino “una parte del objeto sometido a examen” (Revueltas, 1984: 106). A despecho de lo aparente, no hay aquí ningún menosprecio: “no caeremos en la grosera propensión del marxismo vulgar, de atribuir al individuo aislado y singular los rasgos característicos de un núcleo social”, aclara Revueltas, pues no se trata de afectar a la persona de Víctor Rico Galán “por quien conservamos todo el respeto que se merece como camarada en las ideas socialistas, como adversario en la lucha de tendencias y como compañero de prisión política” (1984: 112). Si Revueltas prescinde de cualquier alusión al dirigente en sus “Apuntes...” es porque habrá de discutir “una problemática en la cual están comprendidos todos los grupos marxistas o que así se llaman, incluso el grupo a que pertenece Rico Galán” (1984: 112). En resumen, Revueltas se propone discutir “el principio de realidad” (1984: 102), de todo un modo de ser, de toda una *práctica* (que no *praxis*) de sujetos que tienden a la formación de grupos basados en una especie de “autosuficiencia cognoscitiva” (1984: 105), empleada lo mismo para sustentar sus grupos que para fragmentarlos, pero sobre todo o en principio para ejercer una violencia que hace de la discusión “una simple alegoría del fusilamiento ideológico *preventivo*” (1984: 104).⁵

José Revueltas comienza así la discusión teórica más importante de su última etapa vital. Empieza por trazar una serie de borradores que fueron abandonados en beneficio de un ensayo que denominó “Apuntes...”, y que planeaba publicar junto con sus cuadernos de notas. Sus glosas, apuntes y comentarios, sin duda, son eso, pero enseguida rebasan los límites del breve reparo y la observación impulsiva para aproximarse a un ejercicio donde la colección de citas adquiere el funcionamiento de un cuerpo autónomo. Digamos que las denominaciones y la concreción misma de los materiales donde Revueltas *discute* establecen la *marginalidad* de una escritura que ocurre en las orillas del impreso, así como en ese ámbito de prefiguración de los libros que podemos reconocer en los cuadernos, las libretas, las tarjetas y los trozos de papel empleados para el apunte.

⁵ Hasta qué punto esta *autosuficiencia cognoscitiva* fundamenta las acciones, la configuración y la reproducción sistemática de todo grupo, ya sea de aspecto político, policiaco, criminal, científico, intelectual o artístico es un problema que conviene considerar con cierta extensión y de modo particular. Por lo pronto sólo anotamos aquí las posibilidades de estudiar este fenómeno de autorreproducción grupal.

Pero marginalidad no es necesariamente sinónimo de escasez, debilidad o penuria: en este caso el término nos conduce a reconocer en el margen el sitio de la escritura extrema o liminar, de la escritura que ocurre en los umbrales decisivos o en los sitios donde se desea suponer que ocurre todo menos el pensamiento; es también, y quizá de un modo más sencillo, la ocasión, la oportunidad y la holgura para que *algo* suceda. El margen se nos postula así como el sitio del acontecimiento, tanto así como *el encierro de quien escribe y la marginalidad de su escritura* se presentan ante nosotros como los índices de un modo de pensar que disuelve pero no olvida sus condiciones de inicio. Y es aquí, en semejantes condiciones adversas, que se despliega un programa para pensar de nuevo la *Revolución* y para llevarla a cabo mientras se lee y se piensa. Un programa que, contra la práctica de los “grupúsculos marxistas y sus jefes” no pretende “formular programas históricos” como quien “decreta las tablas de la ley” (Revueltas, 1984: 102), sino abrir una serie de cuadernos que evocan el carácter provisional del saber: la capacidad de ampliar, corregir, borrar, subvertir y reconfigurar lo dicho.⁶

Leer, escribir y borrar para volver a escribir, borrar y leer... Ya lo dice Forster, con la ironía que solemos atribuirle a los británicos: el problema de los libros es que hay que leerlos (1990: 20). Y esto implica una gran inversión de tiempo (es decir de vida) que no siempre estamos dispuestos a entregar. Con las revoluciones y los problemas teóricos pasa algo semejante, sólo que la inversión se multiplica exponencialmente, pues, como bien observa otro británico, Chris Harman, una Revolución siempre es más que la reseña de los sucesos más llamativos y las personalidades más famosas: “implica un cambio súbito en el equilibrio de las fuerzas sociales como consecuencia de desarrollos lentos, a menudo imperceptibles, producidos a través de largos periodos temporales” (2013: 271). Y leer en abundancia es la base del programa *revolucionario* que Revueltas se plantea en la cárcel, pues la primera tarea que se impone en “Entre la retama y el laurel” consiste en atender el curso que ha seguido “la filosofía y la dialéctica hegelianas en Alemania y Francia a partir de 1830” con el fin de “esclarecer” la “crisis” en la que entró el marxismo “en la segunda

⁶ Este último carácter de *lo que se anota* parte de lo propuesto por Roger Chartier en “Escritura y memoria. El «librillo» de Cardenio” (2006: 39-60), donde el historiador observa que las tablillas e instrumentos de escritura que aparecen en *El Quijote* y *Hamlet* se caracterizan, no por conservar la memoria, sino por hacer de lo escrito algo transitorio, precario y fugaz; una memoria susceptible de ser borrada para volver a escribir.

mitad del siglo xx” (1982: 85 y 86), crisis de la que, por supuesto, forman parte los grupos marxistas armados.

Valiente revolución la que consiste en ponerse a leer, podrá objetarse. Sin embargo, entiendo que para Revueltas el tiempo dedicado a la investigación no puede evadirse si en realidad se desea saber qué pasó con el marxismo y con sus postulados iniciales, esos que pretendían hacer del mundo un sitio donde la *riqueza* material y simbólica se redistribuyera en beneficio de quienes invierten vida y trabajo para generar los bienes.⁷ Así pues, conseguir que el pensamiento avance en el pantano de las ideologías y de las prácticas es una de las tareas revolucionarias, y ocuparse de la recepción de la filosofía hegeliana puede tener efectos trascendentes aunque *inesperados* en ese rumbo, sobre todo si pensamos que el primer punto del programa de estudios de Revueltas coincide en cierto modo con la exploración que Judith Butler emprendió en *Sujetos del deseo: Reflexiones hegelianas en la Francia del siglo xx*. Y aunque la misma pensadora advierte que su trabajo no se propone “delinear la historia intelectual de la recepción de Hegel en Francia, ni puede tomársela como una sociología del conocimiento en relación con las tendencias intelectuales vigentes” durante ese siglo y en aquel país (2012: 25), no deja de ser un verdadero recorrido por la obra de Kojève, Hyppolite, Sartre, Foucault, Derrida, Deleuze y Lacan. Tal pasaje por la filosofía francesa, presentado como tesis de posgrado en 1984 (y corregido entre 1984 y 1985), es el antecedente de *El género en disputa*, publicado a fines de 1989, obra que hoy en día es un hito para la teoría en general. Con esta referencia busco señalar que el programa de Revueltas encuentra correspondencias en los intereses que motivan las búsquedas intelectuales posteriores a su muerte y que, sin duda, los resultados de esas exploraciones hoy en día representan un vuelco en el modo de atender problemas que no eran del todo ajenos a la esfera del marxismo; me refiero otra vez a la redistribución justa del trabajo y de

⁷ “Lo que queremos suprimir es el carácter miserable de esa apropiación [personal de los productos del trabajo], que hace que el obrero no viva sino para acrecentar el capital y tan sólo en la medida en que el interés de la clase dominante exige que viva” (1955: 36). “Os horrorizáis de que queramos abolir la propiedad privada. Pero en vuestra sociedad actual la propiedad privada está abolida para las nueve décimas partes de sus miembros. Precisamente porque no existe para esas nueve décimas partes[,] existe para vosotros. Nos reprocháis, pues, el querer abolir una forma de propiedad que no puede existir sino a condición de que la inmensa mayoría de la sociedad sea privada de propiedad” (1955: 37). Las citas, proceden, en efecto, del Manifiesto del Partido Comunista, escrito por Marx y Engels entre diciembre de 1847 y enero de 1848.

sus beneficios, pero con el añadido de que este reparto implica, sin duda, *una redistribución de lo pensable*: “no es posible ninguna revolución política sin que se produzca un cambio radical en nuestra propia concepción de lo posible y lo real” (Butler, 2007: 28), afirma la filósofa estadounidense en el prefacio de 1999 que abría *El género en disputa*.

Judith Butler recuerda entonces (diez años después de la primera edición de su libro) que le resultaba necesario oponerse al “heterosexismo existente en el núcleo del fundamentalismo de la diferencia sexual” (2007: 9) y aunque recurre a diversas disciplinas y perspectivas de análisis para sustentar su oposición, el sustrato de su libro más célebre encuentra sus orígenes en la “teoría francesa” que, tal como ella lo expone, “es propiamente una construcción estadounidense extraña”, pues sólo en Estados Unidos se encuentran “tantas teorías distintas juntas como si formaran cierto tipo de unidad” (Butler, 2007: 10). Al decir esto, procura defenderse de las acusaciones de “francocentrismo” y considera que su trabajo será visto como un peligro de americanización de la teoría en Francia y de eurocentrismo entre los estadounidenses, de cuyo contexto retoma la tradición sociológica y antropológica. Pero en todo caso, lo que las denuncias de *contaminación* pierden de vista es que la teoría aparece donde “convergen los horizontes culturales” y donde “la exigencia de traducción es aguda” (Butler, 2007: 10), es decir, ineludible y urgente.

Germanofilia, francofilia, occidentalización del pensamiento e incluso una propensión compulsiva hacia la teoría son algunas *acusaciones* que podrían lanzarse contra José Revueltas, pero justamente es la condición material de su escritura y el desplazamiento de su identidad como sujeto lo que hacen de nuestro escritor un teórico difícil de estabilizar y reacio a cualquier fundamentalismo. Y digo esto porque el movimiento estudiantil de 1968 hizo que Revueltas se asumiera radicalmente como *estudiante*, que abrazara la identidad del sujeto dedicado por entero a leer y releer, a reseñar, anotar, apuntar, comentar y elaborar esquemas de estudio, en medio o a pesar de los ataques que recibió junto con otros presos políticos en Lecumberri, así como en la asfixiante condición del obligado a permanecer en el espacio de una celda. El formidable narrador y ensayista que ya era en 1968 se niega dialécticamente, se autoanaliza desde la posición de quien tiene todo por saber y no desde la postura de quien todo lo sabe. No pretendió asumir la identidad del dirigente (aunque lo declare así con la intención de obstaculizar la acción policiaca),⁸ sino la del participante que aprende

⁸ Al respecto, véase la entrevista de Elena Poniatowska, “Hablan los presos”, en *Conversaciones con José Revueltas* (Revueltas y Cheron, 2001: 62-66).

a encontrar el punto donde el estudio y la teoría resultan ineludibles y de ningún modo refractarios al activismo del movimiento. Se dirá que eso ya lo sabía y lo practicaba como militante y autodidacta que era. Sin embargo, la *negación dialéctica* en este caso no implica que el autodidactismo se vea desplazado por una *formalización* de los estudios; muy al contrario: lo que la participación de Revueltas en el movimiento muestra es que todo estudiante, todo profesor, todo universitario debería ser siempre y en principio un autodidacta dispuesto a aprender en compañía. Revueltas quiere estar *entre* los estudiantes y para ello es indispensable asumir *radicalmente* la presencia sustantiva del verbo *estudiar*, pues la idea es comenzar *desde el principio*, ya que su plan de estudios y su “investigación” se sitúan “en el momento de transición en que el marxismo se discierne como tal al separarse de la filosofía crítica y extenderla hacia la sociedad y sus fundamentos económicos” (Revueltas, 1982: 86).

Esta imbricación de la teoría y de una identidad doblemente *provisional* como es la del estudiante que participa en un movimiento (dado el supuesto de que sólo se vive como tal mientras se forma parte de un establecimiento educativo y de que los movimientos sociales tienden a disgregarse) es quizá la *novedad* que Revueltas imprime a su tarea reflexiva, y que tiene también una cierta correspondencia con el trabajo de Judith Butler: la pensadora afirma que no escribió *El género en disputa* “solamente desde la academia”, sino también “desde los movimientos sociales convergentes”, de los que ha formado parte, y “en el contexto de una comunidad lésbica y gay de la costa Este de Estados Unidos, donde viví durante catorce años antes de escribirlo” (2007: 19). Revueltas teorizó siempre inmerso en la actividad política y su último trabajo en este rubro (el más importante según sus propias consideraciones) nace de su participación en el movimiento social de mayor trascendencia que ha surgido en las universidades. Desde luego, Revueltas también teoriza como parte de una agregación de personas que, en forma orgánica o no, vivían el comunismo sin medias tintas, jugándose a cada instante el orden que daba sentido a sus vidas. Parece un tanto exagerado o melodramático este apunte, pero no en balde Revueltas hizo experimentar a sus personajes lo que él llamaba la *angustia de partido* y que tal vez puede entenderse mejor hoy en día si retomamos lo dicho por Judith Butler a propósito de quienes temen perder su lugar según las distribuciones de género normativas y debido a la existencia misma de la categoría de género, pues el solo hecho de “poner en tela de juicio la estructura [heterosexual dominante] posiblemente implique

perder algo de nuestro sentido del lugar que ocupamos en el género”; en otras palabras, la pura pregunta por el género suscita en los individuos “una cierta crisis en la ontología experimentada en el nivel de la sexualidad y del lenguaje” (2007: 12 y 13).

Echar abajo toda estructura social y simbólica que nos brinda estabilidad e incluso nos provee del sitio para emprender la reflexión es el efecto de pensar a fondo un problema y tal vez debido a ello es que pocas veces sabemos pensar sin miedo al análisis, como sí se lo propone, en cambio, el obrero comunista Olegario Chávez en *Los errores* (la sexta novela de José Revueltas). Precisamente: cuando los dirigentes y grupos llaman a discutir, pero imponen su punto de vista como *alegoría del fusilamiento ideológico preventivo*, es porque defienden *el sentido del lugar que ocupan en la categoría*, que es tanto como discutir su derecho a la existencia y “¿quién acepta una discusión sobre la base de poner en duda, como principio, la realidad de su propio ser?” (Revueltas, 1984: 102) se pregunta y responde enseguida Revueltas: nadie. Ni los marxistas armados, ni los heterosexuales, agrego por mi cuenta, y tal vez tampoco se lo planteen las nuevas identidades que surgen en la necesaria lucha contra ese persistente núcleo del fundamentalismo de la diferencia sexual que es el heterosexismo. Y porque volver a pensar el mundo no es tarea fácil ni existe un modelo que podamos reproducir, tal vez conviene observar el modo en el que surge lo componible o la conciliación de unidades dispersas que se transforman en pensamiento.

Por lo pronto, y según lo dicho hasta aquí, tenemos por considerar como unidades las siguientes: el encierro de quien se sumerge en un océano de lecturas; la marginalidad y el anacronismo del apunte *que ya es el ensayo*, pero se asume apenas como un paso hacia la comprensión futura; tenemos, al mismo tiempo, la asunción de identidades provisorias (esas del estudiante que es a la vez un *militante* efímero de su propio movimiento), y la desestabilización o deconstrucción de la propia estructura de quien escribe (el autoanálisis); tenemos también la situación de una escritura malquista, por sus vueltas y reincidencias, por su jerga filosófica, por su tendencia a las definiciones y a la explicación de lo evidente. Pero gracias a que José Revueltas se comporta al mismo tiempo y sucesivamente a la manera de una onda y de una partícula consigue sustraerse a las imposiciones de la inteligibilidad, entendida como aprehensión inmediata del sentido; y esta manera de la escritura paradójicamente deja claro, con su sólo modo de fluir, que el acceso a lo real nunca se encuentra en

la superficie. “La exigencia de la lucidez pasa por alto las estratagemas que fomentan el punto de vista aparentemente «claro»”, sentencia Judith Butler (2007: 23) y pienso que la formulación se aplica puntualmente a José Revueltas. No es mi intención, sin embargo, postular una especie de conciliación entre un escritor y teórico del comunismo en México y una filósofa estadounidense que es pilar de la teoría de género. Más bien, lo que me llevó a esta alternancia es la decisión compartida por ambos de estudiar a Hegel y observar las reapariciones del filósofo alemán en la Francia del siglo xx; también llegué a este punto debido a esa situación que la escritura de uno y otra postulan: la de hacer que el discurso teórico sea parte de una lucha y también un acto del cuerpo que piensa y hace de su discurso un gesto vital.

Viene enseguida a la mente esa pieza narrativa y ensayística de José Revueltas titulada “Hegel y yo” (también escrita durante el encierro en Lecumberri), porque allí el filósofo alemán reaparece por la mediación de un cuerpo *ajeno* y produce una alteración en el devenir de la teoría que hace valer la importancia de *la forma*, literaria, por supuesto, pero también de toda forma, incluida la humana. Nos ocuparemos de esta pieza por lo anterior y porque en ella podemos ver una concreción provisoria del plan de estudios que venimos comentando.

DESPLAZAMIENTOS

Comencemos por señalar que en esta pieza o *nivolema*⁹ la deformación oral del nombre (*Ejel*) corresponde con un cuerpo sin piernas, mutilado

⁹ El neologismo parte de considerar la *nivola* de Unamuno, invención que se caracteriza por sustraer parte de la materia narrativa, ya sean párrafos, capítulos o fragmentos, o bien por prescindir en lo posible de la descripción: “la finalidad de la novela es describir, no nombrar, pero Unamuno no lo creía así” (Torrente Ballester, 1998: 13). También deseo evocar con este nombre la capacidad de Revueltas para fundir en una misma unidad el relato, el ensayo y el poema. En efecto, el *nivolema* se aproximaría fonéticamente al poema gracias al sufijo, pero sobre todo lo que se desea indicar con este morfema es que la palabra nombra el resultado de una acción: *nivolar* sería narrar poniendo en juego no sólo una acción sustractiva sino una tendencia a la densidad de sentido, y en el caso de Unamuno como en el de Revueltas se trata de una densidad lograda en el plano de la paradoja y la reflexión. Víctor Goti, ese invento unamuniano, explica que su creador se complace en añadir a las paradojas “juegos de conceptos metafísicos” de los que muchas gentes se apartan con disgusto “porque tales cosas les levantan dolor de cabeza” y otros rehúyen por apearse al dicho de que “lo santo ha de tratarse santamente” y “estiman que esos conceptos [Dios, Razón, Ciencia, Verdad] no deben dar materia para burlas y jugueteos” (1998: 23). El *nivolema* hace entonces de todo pensamiento especulativo o científico parte de su forma y su materia.

por la crítica de las balas: *Hegel*, el siniestro pero inteligente criminal, cuyo ataque a un banco resultó frustrado por la acción policiaca es la figuración extraña del filósofo cuyo concepto del Absoluto fue llevado a la “irracionalidad concreta” cuando se le obligó a *encarnar* el Estado prusiano, que devino (según dice Revueltas en su plan general de estudios) en “Estado reaccionario, unido a la religión, bajo el reinado de Federico Guillermo IV” (Revueltas, 1982: 86). En el relato revueltiano, Hegel devino en *Hegel*, pero también a la inversa, porque el nombre le vino al sujeto por la sucursal del banco que éste pretendió asaltar en las calles del mismo nombre. Semejante asalto a la razón del dinero y la reclusión posterior del asaltante derivó en la casi imperceptible diferencia tipográfica y en esa aparente ingenuidad de la articulación oral que unidas encubren, desde mi punto de vista, “la irracionalidad inmediata del devenir histórico” (Revueltas, 1982: 85).¹⁰ Es decir: la pieza narrativa sugiere que la deformación de Hegel es la que opera en el mundo entendido como prisión y por ello la primera tarea para repensar el marxismo consiste en restituir el “contenido radical de la filosofía hegeliana”, practicada por la izquierda filosófica en los *Cuadernos* de Halle (1838) dirigidos por Arnold Ruge, además de revisar “la lucha de los jóvenes hegelianos contra la filosofía de Schelling” (Revueltas, 1982: 85). Lo que este segundo punto del plan de

¹⁰ “*Hegel y yo*”, “El reojo del yo” y “Ezequiel o la matanza de los inocentes” son analizados por Rodrigo García de la Sienna, con especial atención al problema de la “egología trascendental” (2016: 11) implícita en los dos primeros relatos, misma que lo conduce a plantear que en Revueltas es posible identificar una “fenomenología literaria” y “profética” que hace de la “confusión de las lenguas” y de la “arqueología de la memoria y el recuerdo” (2016: 135) motivos recurrentes plenos de sabiduría *desagradable* y belleza discursiva. Antes, Philippe Cheron ya se había ocupado de poner en relación esos tres relatos junto con *El apando* (del que también se ocupa García de la Sienna). Para él, en la escritura de Revueltas, que tiende hacia la asfixia carcelaria, es posible encontrar un resquicio “hacia una filosofía del eterno empezar —basada en dos grandes polos: la memoria y la feminidad ligada a la juventud— articulada con un marxismo heterodoxo eminentemente crítico” (2003: 285); Philippe Cheron llega a esta conclusión “tomándose la libertad” de añadir “algunos cuentos” al ciclo novelístico de Revueltas, precisamente esos tres arriba mencionados. Y Bruno Bosteels se ocupa específicamente de “*Hegel y yo*” en relación directa con *Dialéctica de la conciencia* para señalar, entre otras cosas, que en este relato “Revueltas retoma con más fuerza la idea de una iluminación profana como el acto que transcurre cada vez que una conciencia naciente está a punto de interrumpir la amnesia monumental que oblitera el trabajo y la memoria” (2005: 168); con lo cual, Revueltas estaría a un lado de Walter Benjamin. Admirables como son las proposiciones de los tres, por nuestro lado planteamos otras posibles implicaciones, que no obstante se encuentran también en el terreno de la filosofía.

estudios implica y deviene, como decimos, en un relato de extraordinaria densidad cognoscitiva es la *urgencia* de liberar la crítica de Hegel para liberar con ella la crítica del marxismo; la tarea consiste así en oponerse a la reclusión *histórica* del pensamiento y al empleo faccioso de la filosofía, aun cuando se esté en la cárcel (efectiva o doctrinaria) y uno mismo sea un *criminal*. Y esto es necesario agregarlo porque el interlocutor de *Ejel* es el asesino de Medarda; un “mal asesino” (Revueltas, 1979: 24) porque tiende a olvidar su crimen. No obstante ahí está *Jeguel* para explicarle las implicaciones de semejante omisión.

El asesino (personaje y narrador al mismo tiempo) asume la tarea de “imponer sobre la población entera de la Crujía Circular [...] la pronunciación correcta del nombre, *Jeguel*, Hegel, de Jorge Guillermo Federico Hegel”. Procede a gritos, cierto, “pero metódicos y con arreglo a cierta periodicidad”; intervención ordenada que contrasta con su incapacidad para recordar “otra cosa” relacionada con la inexplicable —para él— ausencia de Medarda (Revueltas, 1979: 12). Lo que aparenta ser una oposición binaria entre la forma hablada *correcta* y la *incorrecta* se complica en un circuito donde los extremos son semejantes a pesar de su devenir espurio: Hegel-*Ejel*-*Jeguel*-Hegel es la sucesión que va del sujeto (Jorge Guillermo Federico) al puro significante (la sucursal bancaria Hegel o de las calles de Hegel). Entre el sujeto y la pura presencia nominal hay todo un olvido del *para sí* del filósofo alemán, es decir, un olvido de *aquello que es el sujeto pero es más que el sujeto mismo* puesto que lo trasciende y lo vuelve *accesible* a pesar del curso cronológico y de su inexistencia física: su obra. Tal vez por eso, desde el principio del relato, el narrador hace notar la condensación de teoría que el nombre entraña: “Es curioso, pero aquí estamos, en la misma cárcel, Hegel y yo. Hegel, con toda su filosofía de la historia y su Espíritu Absoluto”; enseguida precisa que están en la misma celda e insiste en que esa presencia es “un auténtico regalo filosófico” (Revueltas, 1979: 11). Obsequio que por otro lado acepta “con extrañeza y desconfianza”, porque “aquí”, en la cárcel, se entiende, “eso molesta” (Revueltas, 1979: 11). Por supuesto, el regalo viene *envuelto*, “forrado en piel, en una piel de cochino bien curtida, reluciente, olorosa”; y aun cuando ésta es una descripción *divertida* por parte del narrador-asesino, no miente del todo, porque en efecto *Hegel* está “forrado en su propia piel, en su propio pellejo, limpio, colorado”, saturado en “aroma de agua de colonia”,¹¹ lo que,

¹¹ Y aquí uno se siente tentado a escribir con alta el sustantivo que evoca el nombre de la ciudad: *Jeguel* huele a cultura *germánica*.

“de todos modos” es “un pellejo de cochino” (Revueltas, 1979: 11-12). A la impresión visual y olfativa de su envoltura epidérmica se suman otros elementos inquietantes: no es un “enano natural” sino un “semi-enano”, puesto que le amputaron las piernas debido a las heridas de bala que sufrió en el asalto; es “además giboso” (Revueltas, 1979: 11-12), y esto parece una broma subsumida, porque la *giba* o *joroba* es el atributo del corcovado o *contrahecho*. De tal modo que no estamos ante una presencia necesariamente grotesca sino conceptualmente figurada: el contra-hecho encarna la contra-dicción, esa existencia difícil de asumir y de pronunciar que viene a perturbar la soledad de la celda donde el asesino involuntariamente olvida su crimen.

Para el personaje, Medarda sencillamente dejó de visitarlo: “primero un sábado, y luego otro y otro y otro, hasta que ya no vino” (Revueltas, 1979: 12-13). La extraña y la desea, a pesar de que su presencia le resultaba “irritante”. En este proceso de sentirse olvidado, lo primero que el asesino “pierde” es el rostro de Medarda, como si alguien lo hubiera recortado “cuidadosamente” para dejar al descubierto “la cartulina gris sobre la que estaba montada la fotografía” de la mujer; “y no obstante todo lo demás”, es decir, el fondo de la imagen, habría permanecido como siempre, “quieto e intacto”, como “la nada”, a la que en última instancia se suman “el rostro, el cuerpo, el vestido” femeninos (Revueltas, 1979: 13). De esa nada, de esa pérdida del rostro y del cuerpo se salvó el asesino, pues *Hegel* intentó matarlo “para quedarse con la celda solo”, pagando “cincuenta *baros*” a dos de sus “valedores” (Revueltas, 1979: 12). Precisamente cuando el personaje recuerda que dos sicarios *hegelianos* pudieron darle muerte, es cuando comienza un nuevo intento por establecer la raíz de un olvido que no es precisamente una cesación de la memoria sino de la incapacidad para reconocerse como la *negación presente* del recuerdo y del testimonio. De ahí que el asesino de Medarda acepte: “tiene razón *Hegel* cuando dice: la memoria no es lo que se recuerda sino lo que olvidamos”; “la memoria es lo que uno hace y nadie ha visto, lo que no tiene recuerdo”; o bien, “no somos sino pura memoria y nada más”. El asesino reproduce estos “varios modos [...] contrapuestos” de decir lo mismo y concluye, parafraseando al *contrahecho Hegel*:

Tiene razón: nuestros actos, los actos profundos dice él, son esa parte de la memoria que no acepta el recuerdo, sin que importe el que haya habido testigos o no. Nadie es testigo de nadie ni de nada, cada quien lleva encima su propio recuerdo no visto, no oído, sin testimonios. He aquí pues el

retrato de Medarda con el rostro vacío. Es peor que si le hubiera sacado los ojos: ella es la que no me ve. Ella, ella, Medarda (Revueltas, 1979: 13-14).

Si la fotografía, el retrato, existe o no en la celda, es quizá un dato accesorio. Lo que importa por ahora es notar que en esta confrontación con una *imagen sin ojos* se produce la inversión necesaria de lo que le ocurre al asesino: su ceguera del presente (ese modo de no ver su acto pretérito) ha ingresado a un circuito donde no basta con que finalmente *él* reconozca su acción sobre Medarda; es el acto homicida *en sí* el que debe testimoniar, lo que en principio podría parecer imposible. En otras palabras, el personaje y narrador puede recordar (y lo hará) su acto empírico, pero el *acto profundo* ya no depende de él, es un acto que es un *en sí* en busca de *restauración*, en busca de ese momento donde lo real y la verdad se producen, como diría Hegel (y no *Hegel*).

El narrador se impacienta consigo mismo por ese modo de no recordar que consiste en no ser visto, en carecer de un testimonio ajeno, y se pregunta: “¿Dónde, dónde diablos fue que comenzó todo esto? ¿Dónde comenzaron estas cosas?” (Revueltas, 1979:14). Pero justamente ésa es la pregunta errónea, porque “la verdad no es una unidad *originaria* en cuanto tal ni una unidad *inmediata* en cuanto tal” (Hegel, 1966: 16); no obstante, la incursión retrospectiva (arqueológica) aporta informaciones involuntarias que son, precisamente, las indispensables para que el *acto profundo* se despliegue por la mediación del sujeto.

El personaje recuerda cuatro sitios portuarios y por ellos podemos suponer que presta algún tipo de servicio en una embarcación, al parecer siempre la misma: el “Batalla de Calpulalpan” (Revueltas, 1979: 16). Nos enteramos de que ha estado en Panamá, Belice, Guayaquil y Salina Cruz. Los dos primeros sitios sirven para mostrarlo como alguien dispuesto a solidarizarse con quien padece, pero también como un sujeto en extremo dependiente de su propio estado de ánimo para percibir el mundo: en la zona del Canal un “negro”, a pesar de sus protestas, es obligado a bajar de un autobús y el narrador baja con él para que la afrenta resulte algo menos infamante. Como el chofer es “tan negro, o más, que el negro de la protesta” el narrador acota: “porque con los negros sucede así, cuando uno está entre ellos —en sus poblaciones negras, en sus calles negras—, que los ve más negros, según el estado de ánimo en que uno se encuentre o la pesadumbre en que uno se halle” (Revueltas, 1979: 15). Tal percepción resultó particularmente extrema en Belice, donde el personaje vio “a los negros

más negros de todos los negros que existen en el mundo”, pero entonces, explica, andaba “verdaderamente reventado” (Revueltas, 1979: 15). En Guayaquil pasa tres meses alcoholizado en compañía de un amigo, *El Jaibo*, a causa de haber perdido el barco; en una aparente disculpa explica que al entrar por el Guayas “te enredas, te enredas, todo te enreda”, de modo que da la impresión de que “has de morir en Guayaquil” (Revueltas, 1979: 15-16). Esa impresión se debe a que, en las márgenes del río por donde entran las embarcaciones, la abundancia de manglares parece entrar “por todo el cuerpo” y semeja “una infinita cabeza de Medusa” en donde se termina enredado (Revueltas, 1979: 15). La estancia en el cuarto sitio y sus consecuencias dan pie a un prolongado excursus en el que concluye la búsqueda arqueológica del *origen*, del espacio *donde comenzaron estas cosas*. Y, aunque todo en esa digresión resulta significativo, sólo llamaré la atención sobre algunos elementos, para volver al plan de estudios de Revueltas.

Importa que “allí en Salina Cruz *La Tortuguita* contagió a todos los marineros de gonorrea”; sólo el narrador evitó el contagio porque le molestó “la idea de aguardar turno y éramos cosa de veinte o veinticinco a quienes *La Tortuguita* nos gustó desde el primer momento y no quisimos ir con ninguna otra” (Revueltas, 1979: 16). Aquí el personaje se diferencia del grupo, de modo que su permanencia en la embarcación obedece a tareas que no se aclaran; si fuera marinero, no habría necesidad de establecer quiénes eran *todos*. Importa esta reiterada singularización (el personaje es el único que sabe pronunciar el nombre de Hegel, sólo él se solidariza con el negro en Panamá y sólo él evita la enfermedad venérea) porque gracias a este escrúpulo o remilgo se pone a salvo de un mal que afectará a todos cuando vuelvan al barco; importa también porque gracias a tal sustracción continua del grupo es que se va “a la cama con aquella mujer”; se infiere que habla de Medarda, porque antes explica: “pero desde luego no fue en Salina Cruz donde la conocí, donde se me metió como una *nigua* entre las uñas” (Revueltas, 1979: 17). Y si no alcanza a discernir el sitio donde establece su vínculo sexual con Medarda, sí reconoce, en cambio, su estado de *saturación subjetiva* que lo transfigura en un *Absoluto enajenado*: “Cuando sucedió o comenzó a suceder esta cosa yo estaba borracho hasta los huesos, «ebrio absoluto», como lo califican a uno en las actas de las delegaciones de policía, por eso no recuerdo” (Revueltas, 1979: 17). Ebrio absoluto o, más bien como adelantamos, un *Absoluto* ocupado por

la ebriedad del *ser*, por el sujeto que se sustrae del grupo (los marineros), del espacio (ninguno de los cuatro sitios o ciudades portuarias es el lugar del principio), del tiempo (los tres meses *enredado* por esa cabeza de Medusa en Guayaquil y también ebrio en compañía del *Jaibo*) y del acto *en sí* que podría restaurar este ciclo de evasiones y extravíos. La denominación propiamente jurídica y policial con la que el asesino de Medarda se significa a sí mismo evoca de nuevo ese rapto del Absoluto hegeliano que devino en irracionalidad concreta con la conformación del Estado “reaccionario” de Prusia, lapso histórico que interesa a Revueltas y que dejó inscrito en su plan de estudios como un punto al que era necesario volver (Revueltas, 1979: 86). Por otro lado, una experiencia enajenada del Absoluto es posible en la realidad, y eso es algo que “*Hegel y yo*” plantea literariamente. Pensemos que para el filósofo alemán el Absoluto es algo que se encuentra fuera de toda realidad finita, pero comprende en sí toda la realidad finita; la paradoja se aclara (y se complica) si pensamos que el universo se concibe actualmente como algo sin fronteras en el espacio y en el tiempo, como una especie de forma cerrada y autocontenida que, no obstante, multiplica sus posibilidades de existencia (Hawking, 2001). Somos parte del Absoluto, pero voluntariamente nos incapacitamos para reconocernos en él y de ahí que nuestra experiencia sea siempre concreta pero muchas veces irreal. De ahí también las líneas que Revueltas incorpora al párrafo inicial de *Los errores*: “Dentro de algunos minutos comenzarían todas las cosas, sin que ya nadie pudiera detenerlas, una detrás de otra, sometidas a su destino propio, extraordinarias y tangibles, más allá de esto, en una especie de infinito. Un infinito concreto e irreal, como una borrachera” (1979a: 13). Lo real es la lucidez de reconocerse en el Absoluto, sea el de los físicos teóricos o en el de Hegel cuando nos plantea las tareas del conocimiento y el saber, como lo hace en el largo prólogo y la breve introducción de *La fenomenología del espíritu*. Y ya que recordamos una de las novelas de Revueltas, conviene observar que ese modo de enquistarse Medarda en el deseo de su asesino “como una *nigua* entre las uñas” (Revueltas, 1979: 17) regenera una escena de *Los días terrenales*. En el primer capítulo de esta novela, Ventura llama a Jovita, su esposa, entre enfadado e impaciente y le pide: “Mujer [...] ven a quitarme la nigua, yo no puedo”. El insecto, parecido a una pulga, se aloja en el pie del líder indígena y Jovita, que primero intenta extraerlo con las manos, termina por roer con los dientes, “igual que un perro”, hasta que consigue

extirpar la nigua que estaba alojada “entre la uña y la carne del dedo mayor del pie de su marido” (Revueltas, 1992: 18-19). En “*Hegel y yo*” la mujer ocupa el sitio del insecto que invade la piel para dejar sus crías y no la del animal servicial que extrae el parásito; pero más que insistir en el supuesto rebajamiento de ambos personajes femeninos, conviene establecer que la evocación de Medarda como insecto que desova en el cuerpo masculino invierte las funciones de la reproducción: es ella quien penetra y emana óvulos fertilizados y de ahí (tal vez) lo “irritante” de su presencia inicial (Revueltas, 1979: 13).

La unión entre genética y sexual con Medarda, cuyo tiempo y espacio se pierden, queda anclada en la evocación de Salina Cruz gracias a un significante sexualizado y al abandono de quien se deja conducir *inocentemente*: “Sí, eso sí”, acepta el narrador: “me fui a la cama con aquella mujer, *me llevó*. Dije *cama*. Esa cama. Dios Santo. Terminó por molestarme la idea, esa vez en Salina Cruz, de que todos iríamos con *La Tortuguita*, uno por uno” (1979: 17; cursivas mías). La cadena de hombres que se unen con la misma mujer ofrece un nuevo reflejo o una refracción de la búsqueda arqueológica significada por las ciudades portuarias de América Latina y, al mismo tiempo, establece una identidad entre *La Tortuguita* y Medarda: ambas son “putas”, se afirma, si bien la caracterización se alcanza por la mediación del resto de las jóvenes que, en el burdel de Salina Cruz, se habían visto relegadas por la preferencia unánime hacia *La Tortuguita*. Las muchachas quedaron “sentidas” debido al desaire y sólo se animaron a solicitar que les invitaran una cerveza (bebida por la que no cobraban comisión), o bien que “siquiera” les dieran “algunos veintes para tocar la sinfonola” (Revueltas, 1979: 18). “Es que la putas de pueblo son distintas a las de la ciudad”, explica el narrador; “son muy sencillas, casi no son putas. Como Medarda; casi no era. Casi no es. *Era, es*: con ella se pierden los tiempos del verbo” (Revueltas, 1979: 19). De *La Tortuguita* no se describe el aspecto pero el sobrenombre posiblemente se deba a las consideraciones que ha merecido la tortuga en las cosmogonías que confluyen en México, ya se le considere un demonio, como entre los antiguos cristianos,¹² o bien una entidad divina asociada a los relatos de creación (López Austin,

¹² Véase la etimología que ofrece el *Diccionario de la Lengua Española*: “**tortuga**. Del lat. tardío *tartarūchus* 'demonio', y este del gr. *ταρταροῦχος* *tartaroûchos* 'habitante del Tártaro o infierno', porque los orientales y los antiguos cristianos creían que este animal, que habita en el cieno, personificaba el mal. Consulta en línea: <<http://dle.rae.es/?id=a8iZjLF>>; 28 de marzo de 2018.

1997: 90). En cualquier caso, *La Tortuguita* evoca de manera inmediata el tiempo, no sólo por la asociación precedente sino porque “cada quien aguardaba su turno” para estar con ella, “con paciencia”, mientras bebían cerveza, “y luego, al pasar adentro [cada quien] la ocupaba el tiempo justo, a lo legal, sin carreras” (1979: 18). La joven prostituta es una evocación del tiempo sucesivo tanto como Medarda es una figuración del tiempo obliterado, de la memoria obstruida, por eso con ella “se pierden los tiempos del verbo” que son los tiempos de la palabra pero también los de la acción, los del acto.

Para ordenar la *ocupación justa y paciente* de la joven, Quintín Barba, el jefe de máquinas, había inscrito “en orden alfabético de nombres” a todos los tripulantes; empleó para ello las hojas donde solía anotar “los tantos del dominó”, papeles “con las columnas impresas de los dos bandos de jugadores «Ellos», «Nosotros».” No obstante, Quintín puso su nombre al último “para disponer de más tiempo” (Revueltas, 1979: 17). A los tres días de haber pasado por Salina Cruz “se armó la gran bronca” debido al contagio generalizado y el jefe de máquinas se propuso encontrar al culpable empleando la lista; supuso que “habría algunos no contagiados y entonces era de atribuirse al primer enfermo, sin la menor duda, el contagio de los demás. «Ellos», «Nosotros», separar la buena de la mala mies, como en los Evangelios”. De descubrirse, el culpable sería encerrado en el “pañol de cadenas”: pero “no hubo ningún culpable fuera de *La Tortuguita* misma, la pobre, que a la mejor ni siquiera sabía que estaba enferma” (Revueltas, 1979: 19). Esta búsqueda del primer culpable que el narrador recuerda puntualmente no lo lleva a asumir la inutilidad de su propia búsqueda del principio con respecto a su situación carcelaria. Hay todo un paralelismo entre el itinerario marítimo y el tránsito por la misma mujer, pero el personaje no *despierta* en ese punto a la verdad que la banda de los significantes le muestra. De ahí la subsiguiente, extensa y deslumbrante intervención *hegeliana* que uno desearía transcribir por completo por el simple placer de oírla resonar por dentro de uno mismo. Sin embargo, habremos de negarnos tal satisfacción. Citaremos sólo fragmentos que resultan indispensables para esta parte final de nuestro propio recorrido por la memoria literaria de Revueltas.

Como ocurre con la búsqueda del primer culpable, del primer contacto, toda indagación del origen es una puerta falsa para el verdadero saber, al que sólo tenemos acceso mediante la praxis, como lo sugiere Revueltas

en el quinto de sus cuadernos incluidos en la segunda parte de *Dialéctica de la conciencia*, material que debió ocupar el último tramo de “Nacionalismo burgués o socialismo revolucionario”, pero que terminó por alcanzar cuerpo *definitivo* en los “Apuntes para una dialéctica de la conciencia”. Y si únicamente a través de la praxis se llega a saber es porque “en su sentido de movimiento inicial, de *génesis* humana, la praxis es el *acto* (la sucesión, la correlación e interconexión de actos) donde el hombre *se realiza*, se hace *realidad* racional, luego, realidad humano-social e histórica” (1982: 180). Y aunque *Hegel* es la figuración contrahecha de Jorge Guillermo Federico, es él quien alcanza a establecer cómo el *acto* para realizarse debe bucear en sí mismo y no fuera de sí, debe alcanzar el estatus de un “*acto profundo*”, es decir, volverse insondable, “inmemorial”, sin principio, pero sólo por cuanto nadie puede atestiguarlo desde fuera ni es posible poseerlo: “lo contrario es la verdad: tú eres quien le pertenece, con lo que, por ende, dejas de pertenecerte a ti mismo. El acto profundo está en ti agazapado y acechante en el fondo de tu memoria: de esa memoria de *lo no ocurrido*” (Revueltas, 1979: 20). Y no podría ser de otro modo, añadido, precisamente porque, si sustituimos el *acto* (o la praxis) por el Absoluto, podríamos considerar que éste “es esencialmente un *resultado*, que sólo al final es lo que es en verdad, y en ello estriba su naturaleza, que es la de ser real, sujeto o devenir de sí mismo”; y si *Hegel* (que no *Hegel*) habla de un *resultado*, de algo que sólo al final se confirma como real por ser movimiento o “sustancia viva” que se atreve a desdoblarse para, de ese modo, ser mediadora de sí misma y luego oponerse a tal desdoblamiento, es porque “lo verdadero es solamente esta igualdad que se *restaura* o la reflexión en el ser otro en sí mismo y no una unidad *originaria* en cuanto tal o una unidad *inmediata* en cuanto tal. Es el devenir en sí mismo, el círculo que presupone y tiene por comienzo su término como su fin y que sólo es real por medio de su desarrollo y su fin” (Hegel, 1966: 16), tal como ocurre con la *forma* (artística, literaria o humana), podemos añadir. El hombre, cabe proponer entonces, es una cápsula del Absoluto... y más bien aquí deberíamos decir *la mujer*, porque en el relato una de ellas es la figuración del tiempo que incluye el origen pero se niega a comparecer como principio (*La Tortuguita*), y otra (Medarda) es la memoria del *acto* o del *absoluto* que no puede ser asumida como realidad por un sujeto ebrio de sí. Por otra parte, no es posible obviar que nos hallamos en el relato ante la desmemoria de un crimen y si la verdad es la igualdad que

se restaura, eso nos lleva a pensar que el asesinato se encuentra al término y al principio de esta Crujía Circular donde nos encontramos con Hegel y su compañero de celda. ¿Pero de qué muerte estamos hablando? ¿A quién se ha asesinado? Por supuesto a Medarda, pero ella es el acto o el absoluto. Lo que asesinamos entonces cada uno de nosotros como participantes en el devenir es lo que de infinito llevamos en el cuerpo. Pero también se trata de un crimen contra el saber, contra la potencia cognoscitiva viva. Encuentran aquí sentido los reiterados alegatos de moralidad e inocencia del sujeto y de sus semejantes masculinos: el narrador se solidariza con el negro, es llevado a la cama por la mujer, se compadece de *La Tortugueta* por no saber que padecía una enfermedad venérea y, como los veinticinco marineros da una “demostración amistosa de conformidad” con el descanso que solicita la joven, luego de recibir al sexto o séptimo de ellos: “A todos nos pareció correcto que tomara un respiro y lo veíamos muy bien o natural” (Revueltas, 1979: 17), tan natural como el hecho de usufructuar su cuerpo o de haber dado muerte a Medarda y comenzar transfiriéndole a ella la responsabilidad de su no comparecencia: “nomás dejó de venir. Primero un sábado, y luego otro y otro y otro, hasta que ya no vino” (Revueltas, 1979: 13).

Y es posible agregar un par de implicaciones: si este infinito asesinar lo *Absoluto* adquiere dimensiones *universales* es porque la lectura del relato postula que también *en nosotros* este *delito* es “un acto no registrado, pero hecho” por cuanto *estamos aquí*, como lo dice *Hegel* cuando se dirige al narrador:

Entonces, por cuanto estás aquí (digo, aquí en la cárcel o donde estés, no importa), por cuanto estás y *eres* en algún sitio, algo tienes que ver con ese acto. Más bien, no *algo* sino *todo*; tienes que ver *todo* con ese acto que desconoces. Es un acto *tuyo*. Está inscrito en tu memoria antigua, en lo más extraño de tu memoria, en tu memoria *extraña*, no dicha, no escrita, no pensada, apenas sentida, y que es la que te mueve hacia tal acto. Tan extraña, que es una memoria sin lenguaje...” (Revueltas, 1979: 20).

Como el narrador de “*Hegel y yo*”, evitamos encontrarnos con ese acto que forma parte de nuestra memoria *extraña*, es decir *ajena*, *otra*, con eso que ya ocurrió y volverá a suceder como parte de “la suma de una larga serie de actos fallidos” (Revueltas, 1979: 20) el olvido de la teoría, el *homicidio suicida* que consiste en sustraerse de ese acto de realización concreta que consiste en pensar (en encontrarnos con el absoluto o la

verdad), y que es el reclamo más grave lanzado por Revueltas contra el partido comunista en México y contra todos los grupos y grupúsculos *marxistas* que ebrios de sí llamaban a discutir, olvidando que habían dado muerte de antemano a la capacidad de conocer y que, sin saberlo, llevaban en los hombros una sustancia muerta. Porque la crisis del marxismo como acto cognitivo o “crítica filosófica” se debe a haber hecho de la praxis (del acto profundo) “una ideología”, es decir “enajenación”. Entiendo lo anterior en función del plan de estudios revueltiano que incluso va más allá al plantear lo siguiente: “Marx supera la idea absoluta de Hegel y la conciencia universal de Bruno Bauer y la izquierda hegeliana, pero no supera la enajenación, o sea no supera la utopía socialista de la libertad del ser humano” (Revueltas, 1982: 87). De modo que la “inversión de la dialéctica idealista de Hegel asume los mismos términos no invertidos en que éste los formulaba: como desobjetivación de la historia” (Revueltas, 1982: 87). Sortear la crisis del marxismo requiere volver a introducir el movimiento cognitivo como principal (¿único?) modo de corregir la irracionalidad de la historia y de oponerse a la pura inercia del pensamiento, como llamó Revueltas (en sus “Apuntes para una dialéctica de la conciencia”) a la razón residual que opera en las ideologías (1982: 79). Si hemos recurrido a Hegel es precisamente porque en él identificamos *lo otro* de Marx y porque el marxismo, como ideología (que no como acción teórica), terminó propiciando la misma irracionalidad que el hegelianismo (y ahí está la lista final del plan de estudios donde se enumeran los “datos históricos” que dan cuenta de la “objetivación enajenada” o la “desobjetivación” de la razón dialéctica) (Revueltas, 1982: 87). También ocurre que Hegel se halla en Marx tanto como Kant, Fichte o el resto de los filósofos, pensadores y editores que Revueltas menciona en su plan de estudios. Todos ellos forman esa larga cadena de actos fallidos que, no obstante, podrían llevarnos a la imposible libertad humana, al encuentro en solitario de la praxis, el acto profundo o el absoluto. La (utópica) libertad tal vez no sea alcanzable por mediaciones sociales ni políticas y deba desplazarse de los terrenos habituales, de las prácticas y de las instituciones que obstruyen lo que pregonan. Si, como recordaba Carlos Illades durante su conferencia del 14 de marzo de 2018, Revueltas pensaba en una democracia de amplio espectro, es porque la entendía antes que nada como una democracia cognoscitiva, como un viaje de todos y cada uno hacia el *saber* y la *verdad*, aunque cada quien emprenda la búsqueda desde su

celda. Si en *Dialéctica de la conciencia* tenemos toda una materialidad de la escritura en el margen, como ya lo hemos formulado en la primera mitad de este artículo, en “Hegel y yo” encontramos un relato que sufrió un par de desplazamientos formales: en una entrevista, que al parecer corresponde a 1969, Margarita García Flores le pregunta al escritor si “ha vuelto a tomar el tema de la novela política como en *Los días terrenales*”; el escritor responde: “Estoy escribiendo una novela que va a ser interesante. Va a ser de cuentos, «Hegel y yo». Es un cuestionamiento de la filosofía hegeliana referido a la cárcel. Un personaje que llega a la cárcel, es un asaltante a quien le llaman *Hegel* por haber asaltado un banco en la calle de Hegel. Le dicen todos *Hegel*. De ahí el narrador toma las posiciones de Hegel demostrando que la cárcel es el Estado” (2001: 77). Podríamos preguntarnos si esa *novela de cuentos* es *Material de los sueños* o si en efecto, como anotan Andrea Revueltas y Philippe Cheron el proyecto no se realizó (2001: 77), ni bajo tal descripción ni en los términos narrativos habituales, pues ambos indican que el primer cuento de *Material de los sueños*, de haberse escrito la novela, “no hubiera representado sino un capítulo” (Revueltas, 1979: 131); no encontraron “notas o esquemas del desarrollo pensado por el autor” salvo “el esquema del cuento, titulado «El caso del *Fut*» y reproducen dicho esquema como parte de las notas finales de *Material de los sueños* (Revueltas, 1979: 131-132). En efecto, en dicho esquema puede observarse el desarrollo completo de “Hegel y yo”, pero no hay una sola mención a Hegel (ni a *Hegel*), de modo que éste desplazó al *Fut*, que aparece en la pieza publicada como parte de un epígrafe y en una mención explícita pero enigmática donde se hace de él un “Mito más o menos válido y aceptable durante cierto periodo: Landrú, Gengis Kan, Galileo, Napoleón, el Marqués de Sade, Jesucristo o Lenin, da lo mismo. O *El Fut...*” (Revueltas, 1979: 21). En otra entrevista, realizada aproximadamente un año antes de que Revueltas muriera, publicada en 1978 en Varsovia y en 1986 en México, Krystyna Rodowska pregunta al escritor por su postura frente a la historia y cómo influye en la psicología del mexicano esa “brutal ruptura de la continuidad el hecho de la conquista”; Revueltas responde: “El lugar de la conciencia histórica se ve, por lo regular, remplazado por un asiento emocional, sumamente emocional, guardado mediante un atavismo genético de sus reacciones” (2001: 160). Rodowska pregunta enseguida: “¿En qué consiste el atavismo

genético? ¿Qué entiende usted por este concepto?”. El escritor responde así:

He aludido algo al respecto en uno de los más importantes relatos de mi último tomo, *Material de los sueños*, en el cuento titulado “Hegel y yo”, donde desarrollo esta opinión [...] Pues bien, considero que existe una especie de memoria inarticulada, irracionalizada, que se registra en la clave genética del hombre. Si nosotros quisiéramos aproximarnos a la fórmula racional, la cuestión sería la siguiente: el hombre crea su propia historia, se crea a sí mismo. Imaginémos, sin embargo, a un hombre sin historia pero ya formado, basándonos en el principio de que el futuro no es todavía historia, sino que es apenas una historia por hacer [...]. Imaginémos a un hombre que no haya dejado atrás de sí ninguna huella, que no haya conversado ni haya escrito, pero cuya personalidad se haya convertido en una especie de residuo, parte de una memoria genética que se fuera estratificando en un determinado ciclo humano. La memoria genética resulta más poderosa de lo que pensamos. No es nada fácil captar su presencia en la historia: no obstante, va calando desde adentro en la mente, y éste es un hecho innegable (2001: 161).

Si revisamos lo dicho en este largo párrafo y la cita precedente, confirmaremos que el lugar de *una novela de cuentos* o de una novela en términos habituales lo ocupa un cuento que forma parte de un “tomo”; en ese relato, quien hubiera sido el personaje protagónico (según el esquema referido) es desplazado al epígrafe, aparece fugazmente y deja su sitio a un personaje cuyo nombre remite a otro personaje ya no de ficción; el tema político de 1969, cuando Revueltas planea su relato, es sustituido en 1975, según lo reseña el autor, por un tema histórico en clave genética. Esta serie de desplazamientos confirman y niegan a un tiempo la estabilidad formal e interpretativa que podemos reconocer en el relato; pero esta sucesión difícil de asir, esta evasión del dictamen final también le confieren una potencia estética y cognoscitiva extraordinaria al nivelema revueltiano. Su margen es ése donde ve cómo el hombre histórico confía en sí mismo mientras lleva dentro una historia residual que actúa en su contra; el atavismo humano adquiere así la forma de un “pecado de alienación” cuya sentencia consiste en observar cómo “nuestra cabeza rueda por el suelo a puntapiés, digo, a patadas, desde su génesis” (Revueltas, 1979: 32). Precisamente: como *El Fut*, quien después de asesinar conduce a puntapiés la cabeza de su víctima hasta el basurero, así hacemos rodar a patadas ideológicas la cabeza ajena, ese *para sí* en el que no aceptamos reconocernos, sea que pertenezca a Hegel, Marx o cualquier *otro*. Puede no

existir alternativa posible dado el curso desolador que plantea Revueltas en ese esquema de un cuento no realizado o concebido bajo un aspecto distinto. Y ésta puede ser quizá la alternativa: la evasión constante de *la forma* y el tema, el reconocimiento constante con lo absoluto y lo infinito, el salto o el desplazamiento de la política hacia la historia, de la literatura a la filosofía... y viceversa.

MÁRGENES

Y aquí volvemos al *principio*, a ese deseo por saber si el escritor tenía un programa para conseguir la instauración del comunismo en México. En la entrevista publicada en Polonia, cuando a Revueltas le preguntan en qué consiste la revolución, se produce el siguiente diálogo:

ROMAN SAMSEL: Bueno, entonces, ¿en qué consiste la revolución? Una revolución se fija como objetivo fundamental[,] un cambio radical de relaciones económicas, sociales, la formación de una nueva sociedad...

JOSÉ REVUELTAS: Fórmulas utópicas.

RS: ...la liquidación de la propiedad privada.

JR: Éstas son tareas históricas secundarias.

RS: Pero nosotros nos encontramos en el transcurso de este proceso, estamos conscientes de ello, creando una nueva sociedad en los países socialistas. El socialismo sigue viviendo, aunque no haya alcanzado aún su plena perfección.

JR: Por Revolución entiendo la participación de todos en la creación de valores, en la lucha por la configuración de una cultura. La sociedad moderna, la de la segunda mitad del siglo xx, cuyas premisas tenían, desde luego, raíces en el pasado, ha entrado en una nueva realidad que no responde a la antigua; y para mí que, hoy en día, [sea] ya un tanto utópica la consigna (“Proletarios de todos los países, uníos”) del internacionalismo proletario. *El hombre no puede transformarse exclusivamente a través de una Revolución social. La Revolución tiene que ser una Revolución espiritual, cultural [...]* la cultura, a pesar de ser, con toda seguridad, un producto de determinados contextos sociopolíticos, es sin duda un fenómeno diacrónico, es decir, sobrepasa esos contextos [...] La cultura mexicana tiene que hablar bajo la máscara de sus aparentes complejidades; no obstante, es una cultura perteneciente a toda la humanidad en general. La cultura hay que tratarla como una totalidad... (2001: 162-163; las cursivas son mías).

Revueltas anticipa en 1975 lo que Judith Butler afirmará en 1999 y lo que por nuestra parte llamamos *una redistribución de lo pensable*. Con

ambos *pienso* que después de 1968 toda Revolución política tendría que desdoblarse en un cambio radical de lo posible, en una Revolución *espiritual* capaz de reconocerse diacrónicamente sin que importe demasiado establecer la procedencia *legítima* del pensamiento. Efectivamente, la demanda *proletaria* es ésta de reconocerse en la cabeza y el cuerpo del otro que piensa, de darle la vuelta a la autosuficiencia cognoscitiva y su fusilamiento ideológico preventivo. Hay, sin duda, en esta *conclusión* un eco de Jacques Rancière y su maestro ignorante, pero éste es un asunto que dejaremos por ahora simplemente anotado.

BIBLIOGRAFÍA

- BOSTEELS, BRUNO (2005); “Una arqueología del porvenir: acto, memoria, dialéctica”, en *La Palabra y el Hombre*, 134, pp. 161-171.
- BUTLER, JUDITH (2012); *Sujetos del deseo. Reflexiones hegelianas en la Francia del siglo xx*, traducción de Elena Luján Odriozola. Buenos Aires: Amorrortu.
- CASTELLANOS, LAURA (2016); *México armado. 1943-1981*, epílogo y cronología de Alejandro Jiménez Martín del Campo. México: Ediciones Era.
- CHARTIER, ROGER (2006); *Inscribir y borrar: Cultura escrita y literatura (siglos XVI-XVIII)*, traducción de Víctor Goldstein, revisada por el autor. Buenos Aires: Katz.
- CHERON, PHILIPPE (2003); *El árbol de oro. José Revueltas y el pesimismo ardiente*. México: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.
- ESPINOSA DE LOS MONTEROS HERNÁNDEZ, ROBERTO (2011); *Víctor Rico Galán. Periodista de oposición*, tesis de licenciatura. México: UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Colegio de Historia.
- FORSTER, E.M. (1990); *Aspectos de la novela*, versión castellana de Guillermo Lorenzo. Madrid: Debate.
- GARCÍA DE LA SIENRA, RODRIGO (2016); *José Revueltas: Una ontología carcelaria. Los relatos del periodo de Lecumberri*. Texas: Pluriverso Literal Publishing.
- GARCÍA FLORES, MARGARITA (2001); “La libertad como conocimiento y transformación”, en *Conversaciones con José Revueltas*, compilación, prólogo, notas e índices de Andrea Revueltas y Philippe Cheron. México: Ediciones Era, pp. 67-83.
- HARMAN, CHRIS (2013); *Historia mundial del pueblo. Desde la Edad de Piedra hasta el nuevo milenio*, traducción de Alfredo Brotons Muñoz. Madrid: Akal.
- HAWKING, STEPHEN (2001); *El universo en una cáscara de nuez*, traducción castellana de David Jou. Barcelona: Crítica-Planeta.

- HEGEL, G.W.F. (1996); *Fenomenología del espíritu*, traducción de Wenceslao Roces, con la colaboración de Ricardo Guerra. México: Fondo de Cultura Económica.
- LÓPEZ AUSTIN, ALFREDO (1997); “El árbol cósmico en la tradición mesoamericana”, *Monografías del Jardín Botánico de Córdoba*, 5, pp. 85-98. Disponible en línea: <<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=187844>>, 28 de marzo de 2018.
- MARX, CARLOS Y FEDERICO ENGELS [1955], *Manifiesto del Partido Comunista*, en *Obras escogidas en dos tomos*, tomo I. Moscú: Ediciones en Lenguas Extranjeras.
- PONIATOWSKA, ELENA (2001); “Hablan los presos”, en *Conversaciones con José Revueltas*, compilación, prólogo, notas e índices de Andrea Revueltas y Philippe Cheron. México: Ediciones Era, pp. 62-66.
- REVUELTAS, ANDREA Y PHILIPPE CHERON (2001); *Conversaciones con José Revueltas*, compilación, prólogo, notas e índices de A.R. y Ph.Ch. México: Ediciones Era.
- REVUELTAS, JOSÉ (1978); *México 68: juventud y revolución*, prólogo de Roberto Escudero, recopilación y notas de Andrea Revueltas y Philippe Cheron. México: Ediciones Era (Obras completas, 15).
- , (1979); *Material de los sueños*, México: Ediciones Era (Obras completas, 10).
- , (1979a); *Los errores*, México: Ediciones Era (Obras completas, 6).
- , (1980); *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, prólogo de Andrea Revueltas, Rodrigo Martínez y Philippe Cheron. México: Ediciones Era (Obras completas, 17).
- , (1982); *Dialéctica de la conciencia*, prólogo de Henri Lefebvre, recopilación y notas de Andrea Revueltas y Philippe Cheron. México: Ediciones Era (Obras completas, 20).
- , (1984); *Escritos políticos (El fracaso histórico del partido comunista en México) III*, recopilación y notas de Andrea Revueltas y Philippe Cheron. México: Ediciones Era (Obras completas, 14).
- , (1992); *Los días terrenales*, edición crítica de Evodio Escalante, coord. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- RICO GALÁN, VÍCTOR (1968); “Carta de Víctor Rico Galán a los estudiantes en lucha”, transcripción de Roberto Espinosa de los Monteros, a partir de la publicada en *Gaceta*, 15 de agosto de 1968, AGN-México, Fondo: Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales (Caja 967, Exp. 1).
- , (1984); *Escritos políticos (1966-1971)*; México: Ediciones Proletariado y Revolución, pp. 152-170.

SAMSEL, ROMAN Y KRYSZYNA RODOWSKA (2001); “Charla con José Revueltas”, en *Conversaciones con José Revueltas*, compilación, prólogo, notas e índices de Andrea Revueltas y Philippe Cheron; traducción de la entrevista de Aleksander Bugajski. México: Ediciones Era, pp. 150-163.

UNAMUNO, MIGUEL DE (1998); *Niebla*, prólogo de Gonzalo Torrente Ballester, álbum de Arturo Ramoneda, Madrid: Alianza Editorial.